



Boletín Santiago Apóstol

PRIORATO "SAN EZEQUIEL MORENO DÍAZ"
Carrera 17, 36-10, Barrio Teusaquillo Santa Fe de Bogotá.

Iglesia "SAGRADOS CORAZONES DE
JESÚS Y DE MARÍA"
Carrera 18 n° 35-33
Barrio Teusaquillo. Bogotá

Capilla "SAN JOSÉ"
Calle 20 n° 25-35
Barrio San Francisco.
Bucaramanga.

Año II - N°2 • MAYO de 2015



EL MEDIO PARA CAMBIAR EL MUNDO

13 DE MAYO
NUESTRA SEÑORA
DE FÁTIMA

24 DE MAYO
FIESTA DE MARÍA
AUXILIADORA

31 DE MAYO
FIESTA DE
MARÍA REINA

La Santidad crece en proporción a la devoción que se tiene a María (W. Faber)

EL MEDIO PARA CAMBIAR EL MUNDO

Por el R.P. Francisco J. Jiménez

MIS QUERIDOS FIELES: En este mes tan especial para nuestro Priorato, en el que celebramos el Mes dedicado a Nuestra Señora de Fátima, el Corazón de María, vamos a recordar esas dos peticiones de la Santísima Virgen en aquella tierra portuguesa: *La devoción del Santo Rosario y la Penitencia*.

El Santo Rosario es *definido* por el Sumo Pontífice San Pío V en su "Bula" de 1569: «*El Rosario o salterio de la Santísima Virgen, es un modo piadosísimo de oración, al alcance de todos, que consiste en ir repitiendo el saludo que el ángel le dio a María; interponiendo un Padrenuestro entre cada diez Avemarías y tratando de ir meditando, mientras tanto, en la Vida de Nuestro Señor*».

Siendo, entonces, una devoción al alcance de todos, como bien dice el Santo Papa, **debemos de hacerlo en familia**, haciendo participar incluso a los niños mas pequeños, pues es la mejor forma de impregnar-

los con esta devoción. ¡Cuánto bien se haría en el mundo con esta práctica pedida por la Santísima Virgen!

Y es que siguiendo a San Luis María Grignon de Montfort, deberíamos decir: «*No encuentro otro medio más poderoso para atraer sobre nosotros el Reino de Dios, la Sabiduría eterna, que unir a la oración vocal la oración mental, rezando el Santo Rosario y meditando sus misterios*».

El Padre Pío decía: «*Quisiera que los días tuvieran 48 horas para poder redoblar los Rosarios*»... ¿y a nosotros se nos hace tan difícil buscar 15 minutos de nuestro día para rezarlo? Es precisamente por esta falta de devoción, de deber católico, que el mundo está tan alejado de Dios y de sus leyes. No encuentro otra razón. Si los soldados de Cristo no portan sus armas ni obedecen los mandatos del Divino Capitán, ¿quién lo hará?

Hagamos, en este mes de Mayo, **el firme propósito de rezar el Rosario en familia**,

sin faltar un día; de hacer del Rosario, junto a la Santa Misa, el centro de nuestro día; de no acostarnos nunca sin haberlo rezado. Y ya veremos cómo la ayuda del Cielo bajará cual cascada sobre nuestras familias y la protección de la Virgen nos cubrirá de modo extraordinario.

San Luis María Grignon de Montfort resume en la *Carta a los amigos de la Cruz* el modo de alcanzar la perfección cristiana en cuatro puntos:

1. En **querer ser santo**: “*El que quiera venir en pos de mí*”.
2. En **abnegarse**: “*niéguese a sí mismo*”.
3. En **padecer**: “*cargue con su cruz*”.
4. En **obrar**: “*y sígame*”.

El segundo punto es el más difícil de cumplir. Pero el tercer punto es el que podíamos identificar con la petición de la Virgen de Fátima: *Penitencia*.

Muchas veces pensamos que la Penitencia es hacer grandes ayunos, cargarnos de cilicios y cadenas, flagelarnos, o mortificarnos con padecimientos extraordinarios. En cambio, hay una *penitencia* más fácil quizás, pero que pasa inadvertida en nuestra vida: el **cumplimiento de nuestros deberes de estado**. Ésta es una penitencia que lleva desde el *ser puntual en las tareas encomendadas en nuestro trabajo*, hasta el *llegar temprano a Misa*. ¿De qué nos serviría ayunar, si no cumplimos el mandamiento

de “*Oír Misa entera*”? ¿De qué nos valdría flagelarnos si en verano vamos vestidos indecentemente por “*motivo*” del calor? La mayor penitencia está en el **cumplimiento del deber de cada día**, y nuestro deber de cristianos forma parte fundamental de esta misión. ¿Qué esperamos para cumplirlo? ¿Qué esperamos para alegrar al Corazón Doloroso de María? ¿Qué esperamos para rezar y hacer penitencia por aquellos que no lo hacen?

Que este mes de Mayo sea un mes de grandes propósitos y promesas a la Virgen, pero no promesas cualquiera, como se suele decir, “*de boca*”, sino promesas del corazón de un hijo que la ama y la venera, y busca que con su ejemplo todos sus prójimos la amen y veneren también.

R.P. Francisco J. Jiménez
Prior

AVISOS

Les recordamos que ya están disponibles las fechas para los Retiros Ignacianos de Julio.

Mujeres : Sábado 4 al Miercoles 8 de Julio
Hombres: Sábado 11 al Miercoles 15 de Julio

Lugar: Barbosa, Santander

Más información con los Padres o en el Telf. 1-2454804

UN ROSARIO ENCONTRADO EN EL BOSQUE

AQUEL BOSQUE había sido siempre muy atrayente. Sus árboles centenarios, cuyas hojas filtraban los rayos del sol, y su ambiente de misterio creaban el escenario perfecto para las diversiones de los niños de la aldea, amantes de la aventura. Era habitual, sobre todo en vacaciones o los fines de semana, verlos correr por todas partes y perderse entre las sombras de la vegetación, mientras de lejos se escuchaba resonar su alegre griterío.

Allí se habían refugiado, durante la guerra, los soldados de la retaguardia. Por eso no era raro encontrar casquillos de bala, restos de pólvora o plomo y otros pertrechos, lo que para los niños hacía de ese lugar un sitio aún más fascinante.

Un día, un par de amigos –Mario y Alejandro– se encontraban paseando entre los árboles en busca de algo nuevo. Habían sido compañeros en la escuela y siempre pasaban juntos las vacaciones. El primero todavía vivía en la aldea, pero el otro se había mudado con su familia a la capital. Andaban conversando animadamente sobre cuál sería el futuro de cada uno. Después de todo, ya estaban terminando los estudios secundarios y quizá no volverían a encontrarse.

- Yo voy a ser médico, dijo Alejandro. Me estoy aplicando para entrar en la Universidad. Quiero ayudar a la gente. Me conmovió ver cómo sufrían los soldados durante la guerra por no tener a un doctor que les auxiliara. Y tú, ¿ya te has decidido?
- Todavía no..., le respondió Mario.
- ¡Pero bueno! Si ya estás terminando el instituto. Tendrás que tomar una determinación.
- A mí también me gustaría elegir una profesión que ayudara a las personas, pero la Medicina no me atrae...

Andaban despacio y la conversación iba alcanzado un clima de reflexión.

De pronto, se fijaron que algo brillaba en un arbusto e instintivamente ambos aceleraron el paso. Era un rosario de madera, desgastado por el uso, cuya cruz de metal relucía a la luz del sol.

- ¡Mira, es un rosario! –exclamó Mario, mientras lo tomaba y besaba su crucifijo.
- ¡Va, si es un rosario ordinario! –le retrucó Alejandro.
- Un rosario, por muy simple que sea, nunca es ordinario –le reprendió su amigo.

Debemos buscar a su dueño, porque tiene que estar muy triste por haberlo perdido.

Alejandro intentaba disuadirlo, pues la aldea no era tan pequeña... y además que podría pertenecer a uno de los miles de soldados que por allí habían pasado durante la guerra. Mario decidió entonces llevarlo a la ermita que estaba en el centro del bosque y depositarlo a los pies de una imagen de la Virgen. Quién sabe si el que lo había extrañado no iría a buscarlo ahí.

Cuando llegaron a la ermita, Mario le pidió a su amigo que entrara con él para que juntos rezaran a María Santísima, como siempre lo habían hecho, pero Alejandro no quiso acompañarle. Prefirió esperarle afuera, contemplando... las maravillas de la naturaleza.

Habían pasado cinco minutos desde que Mario había entrado.

Quince minutos. ¡Media hora! ¡Y no daba la impresión de que fuera a salir..!

Alejandro estaba impaciente y se preguntaba qué estaría haciendo tanto tiempo dentro de la ermita.

Finalmente, apareció. Y venía sonriendo, como iluminado.

– ¿Pero qué te ha pasado? ¿Por qué has tardado tanto?

– Ya he decidido lo que voy a ser: sacerdote.

– ¿Cómo? ¿Qué ideas son esas?

– Sí, tú serás médico de cuerpos y yo médico de almas. Hoy he visto claramente, delante de Nuestra Señora, cuál sería mi vocación y le he pedido que me ayude a entrar enseguida en el seminario y me transforme en un sacerdote santo.

Alejandro no se atrevió a decir nada más. Regresaron a casa de Mario y cuando se acabaron las vacaciones cada cual siguió su camino: aquél entró en la Facultad de Medicina y éste ingresó en el Seminario Diocesano. Ambos perdieron la pista uno del otro.

Veinte años habían pasado cuando el padre Mario fue designado capellán del Hospital Modelo de la capital.

Allí se encontró con su antiguo amigo, ahora un renombrado médico y cirujano. Había progresado mucho profesionalmente, pero infelizmente se preocupaba tan sólo con asuntos prácticos, sin darle importancia a la vida espiritual.

Un día, el sacerdote y el doctor se encontraron en la habitación de un pobre enfermo que no paraba de quejarse. Tras examinarle, el médico le dijo que no entendía el motivo de aquellos lamentos. La enfermedad estaba remitiendo y no existía una causa orgánica para los dolores que parecía le atormentaban.

– ¡Ay, ay! ¡Ay, doctor! Me voy a morir... y no tendré salvación, repetía el enfermo, angustiado.

El sacerdote se acercó para intentar animarle, exhortándole a que tuviera confianza en la Madre de Dios. Y le invitó a que rezaran juntos el Rosario.

– ¡No me hable de rosarios!

– Pero, ¿por qué? No hay una criatura más dulce y bondadosa que María...

El pobre hombre le contó su historia. Unos veinte años atrás había sido soldado en la guerra. Antes de salir de casa, su madre le había dado un rosario y le hizo que le prometiera que lo llevaría siempre encima y

LAS ROGATIVAS

lo rezaría diariamente. El militar atendió aquel pedido durante un tiempo, pero no pudo resistir las burlas de sus compañeros y al pasar por un bosque cercano a una aldea tiró el rosario entre los arbustos.

Desde entonces la conciencia le pesaba enormemente y no se sentía digno de rezar a la Virgen, ni de mirar siquiera a una imagen suya.

El sacerdote y el médico se miraron estupefactos. El lugar del que hablaba era la aldea de su infancia y el rosario ¡el que se habían encontrado!

El padre Mario sacó un rosario de madera de su bolsillo y se lo entregó al enfermo, diciéndole:

– Pues mire, ¡aquí está su rosario!

Si María ha querido que le fuera devuelto, es porque quería manifestarle su perdón.

La fisonomía del enfermo se iluminó. Entonces el sacerdote le contó la escena que ocurrió hacía veinte años atrás y cómo su vocación se la debía a aquel rosario que guardaba de recuerdo por la gracia recibida, y con el que rezaba todos los días.

El doctor oía al padre Mario, bañado en lágrimas. Dándose cuenta de lo mucho que se había alejado de Dios, se preguntaba: *“¿De qué sirve ser un gran profesional a costa de dejar abandonada su propia alma?”*.

Médico y paciente quisieron confesarse y recuperar la paz. El viejo soldado en poco tiempo recibió el alta y salió del hospital. Y el Dr. Alejandro y el P. Mario aún trabajaron juntos durante muchos años, en plena armonía: uno curaba el cuerpo y el otro llevaba la salud al alma.

LAS ROGATIVAS son súplicas y preces públicas que se hacen para aplacar la justicia de Dios y atraer sobre nosotros sus bendiciones. Lo mismo que el día de San Marcos, hay una procesión en la que se cantan las letanías de los Santos y después de ella se celebra la fiesta de la estación. Las Rogativas en la Iglesia proceden, por lo menos, del siglo V. En el año 469, San Mamerto, obispo de Viena del Delfinado, las celebró regular y periódicamente, fijándolas para los tres días que preceden a la Ascensión. La Iglesia romana adoptó esta institución al par que se establecía la procesión del 25 de abril. El espíritu de la Iglesia en los días de las Rogativas es un espíritu de oración y de penitencia. Este espíritu se manifiesta con las largas oraciones que, durante la procesión, dirige a Dios la Iglesia; y con el oficio de la Santa Misa, que contiene conmovedoras enseñanzas de Nuestro Señor y de Santiago sobre la oración; la penitencia, por el color morado.

Debemos asistir a las procesiones de las Rogativas, concibiendo vivo sentimiento de nuestros pecados, causa verdadera de todas las calamidades que desolan la tierra; dando gracias a Dios por la fertilidad que da a los campos y rogándole que continúe dispensándonos sus favores y nos preserve de los azotes de su justicia.

TRATADO DE LA VERDADERA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

MARÍA ES UN MISTERIO

A) A causa de su humildad

La vida de María fue oculta. Por ello, el Espíritu Santo y la Iglesia la llaman *alma mater*. Madre oculta y escondida. Su humildad fue tan grande que no hubo para Ella anhelo más firme y constante que el de ocultarse a sí misma y a todas las creaturas, para ser conocida solamente de Dios.

Ella pidió pobreza y humildad. Y Dios, escuchándola, tuvo a bien ocultarla en su concepción, nacimiento, vida, misterios, resurrección y ascensión, a casi todos los hombres. Sus propios padres no la conocían. Y los ángeles se preguntaban con frecuencia uno a otros *¿Quién es Ésta?* Porque el Altísimo se la ocultaba. O, si algo les manifestaba de Ella, era infinitamente más lo que les encubría.

B) Por disposición divina

Dios Padre, a pesar de haberle comunicado su poder, consintió en que no hiciera ningún milagro, al menos portentoso, durante su vida.

Dios Hijo, a pesar de haberle comunicado su sabiduría, consintió en que Ella casi no hablara.

Dios Espíritu Santo, a pesar de ser Ella su fiel Esposa, consintió en que los Apóstoles y Evangelistas hablaran de Ella muy poco y sólo cuanto era necesario para dar a conocer a Jesucristo.

C) Por su grandeza excepcional

María es la excelente obra maestra del Altísimo, Quien se ha reservado a Sí mismo el conocimiento y posesión de Ella.

María es la Madre admirable del Hijo. Quien tuvo a bien humillarla y ocultarla durante su vida, para fomentar su humildad, llamándola mujer, como si se tratara de una extraña, aunque en su corazón la apreciaba y amaba más que a todos los ángeles y hombres.

María es la fuente sellada, en la que sólo puede entrar el Espíritu Santo, cuya Esposa fiel es Ella.

María es el santuario y tabernáculo de la Santísima Trinidad, donde Dios mora más

magnífica y maravillosamente que en ningún otro lugar del universo sin exceptuar los querubines y serafines: a ninguna creatura, por pura que sea, se le permite entrar allí sin privilegio especial.

Digo con los santos, que la excelsa María es el paraíso terrestre del nuevo Adán, quien se encarnó en él por obra del Espíritu Santo para realizar allí maravillas incomprensibles. Ella es el sublime y divino mundo de Dios, lleno de bellezas y tesoros inefables. Es la magnificencia del Altísimo, quien ocultó allí, como en su seno, a su Unigénito y con Él todo lo más excelente y precioso.

¡Oh, qué portentos y misterios ha ocultado Dios en esta admirable creatura! Como Ella misma se ve obligada a confesarlo, no obstante su profunda humildad: *¡El Poderoso ha hecho obras grandes por mí!* El mundo las desconoce porque es incapaz e indigno de conocerlas.

Los santos han dicho cosas admirables de esta *ciudad Santa de Dios*. Y, según ellos mismo testifican, nunca han estado tan elocuentes ni se han sentido tan felices como al hablar de Ella. Todos a una proclaman que:

- *la altura de sus méritos*, elevados por Ella hasta el trono de la Divinidad, es inaccesible;
- *la grandeza de su poder*, que se extiende

de hasta sobre el mismo Dios, es incomprensible.

- Y, en fin, la *profundidad de su humildad y de todas sus virtudes y gracias* es un abismo insondable.
- ¡Oh altura incomprensible! ¡Oh anchura inefable! ¡Oh grandeza sin medida! ¡Oh abismo impenetrable!



Todos los días, del uno al otro confín de la tierra, en lo más alto del cielo y en lo más profundo de los abismos, todo pregona y exalta a la admirable María. Los nueve coros angélicos, los hombres de todo sexo, edad y condición, religión, buenos y malos, y hasta los mismo demonios, de buen o mal grado o por fuerza, se ven obligados por la evidencia de la verdad a proclamarla bienaventurada.

Todos los ángeles en el cielo, dice San Buenaventura, le repiten continuamente: *“¡Santa, santa, santa María! ¡Virgen y Madre de Dios!”*, y le ofrecen todos los días millones y millones de veces la salutación angélica: *“Dios te salve, María...”*, prosternándose ante Ella y suplicándole que, por favor, los honre con alguno de sus mandatos. *“San Miguel –llega a decir San Agustín– aún siendo el príncipe de toda la milicia celestial, es el más celoso en rendirle y hacer que otros le rindan toda clase de honores, esperando*

siempre sus órdenes para volar en socorro de alguno de sus servidores”.

Toda la tierra está llena de su gloria, particularmente entre los cristianos que la han escogido por tutela y patrona de varias naciones, provincias, diócesis y ciudades. ¡Cuántas catedrales se hallan consagradas a Dios bajo su advocación! ¡No hay iglesia sin un altar en su honor, ni comarca ni religión donde no se dé culto a alguna de sus imágenes milagrosas, donde se cura toda suerte de enfermedades y se obtiene toda clase de bienes! ¡Cuántas cofradías y congregaciones en su honor! ¡Cuántos institutos religiosos colocados bajo su nombre y protección! ¡Cuántos congregantes en las asociaciones piadosas, cuántos religiosos en todas las Ordenes! ¡Todos publican sus alabanzas y proclaman sus misericordias!

No hay siquiera un pequeñuelo que, al balbucir el *Avemaría*, no la alabe. Ni apenas un pecador que, aunque obstinado, no conserve alguna chispa de confianza en Ella. Ni siquiera un solo demonio en el infierno que, temiéndola, no la respete.

MARÍA NO ES SUFICIENTEMENTE CONOCIDA

Es, por tanto, justo y necesario repetir con los santos: *DE MARÍA NUNQUAM SATIS*. María no ha sido aún alabada, ensalzada, honrada y servida como se debe. Merece aún mejores alabanzas, respeto, amor y servicio.

Debemos decir también con el Espíritu Santo: *“Toda la gloria de la Hija del rey está en su interior”*. Como si toda la gloria exterior que el cielo y la tierra le rinden a por-

fía, fuera nada en comparación con la que recibe interiormente de su Creador y que es desconocida a creaturas insignificantes, incapaces de penetrar el secreto de los secretos del Rey.

Debemos también exclamar con el Apóstol: *“El ojo no ha visto, el oído no ha oído, a nadie se le ocurrió pensar...”* las bellezas, grandezas y excelencias de María, milagro de los milagros de la gracia, de la naturaleza y de la gloria. *“Si quieres comprender a la Madre –dice un santo– trata de comprender al Hijo. Pues Ella es digna Madre de Dios”*

¡Enmudezca aquí toda lengua!

HAY QUE CONOCER MEJOR A MARÍA

El corazón me ha dictado cuanto acabo de escribir con alegría particular para demostrar que la excelsa María ha permanecido hasta ahora desconocida y que ésta es una de las razones de que Jesucristo no sea todavía conocido como debe serlo. De suerte que si el conocimiento y reinado de Jesucristo han de dilatarse en el mundo como ciertamente sucederá, esto acontecerá como consecuencia necesaria del conocimiento y reinado de la Santísima Virgen, quien lo trajo al mundo la primera vez y lo hará resplandecer, la segunda.



SAN JUAN BOSCO Y LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

NACIÓ JUNTO A CASTELNUOVO, en la diócesis de Turín, el año 1815. Su niñez fue dura. Una vez ordenado sacerdote, empleó todas sus energías en la educación de los jóvenes e instituyó Congregaciones destinadas a enseñarles diversos oficios y formarlos en la vida cristiana. Escribió también algunos opúsculos en defensa de la religión. Murió el año 1888 (*Oficio Divino - Liturgia de las Horas según el Rito Romano, III*).

San Juan Bosco, el santo de la juventud, por su gran devoción a María Auxiliadora, conseguía de ella innumerables milagros.

Fue el fundador de los Salesianos, comunidad religiosa con rama masculina y femenina, dedicados a la educación de los jóvenes, en especial los pobres.

Gran constructor de iglesias, entre ellas la Basílica de San Juan Evangelista, la Basílica de María Auxiliadora y la Iglesia del Sagrado Corazón en Roma donde celebró su última misa.

Se hizo famoso por sus sueños proféticos, entre ellos el de la nave de Pedro, la Iglesia, que navega en tiempos de tormentas

y recibe graves ataques, pero al fin encuentra refugio, capitaneada por un gran papa que la lleva a dos grandes pilares: *La Eucaristía y la Virgen Santísima*.

“En su vida, lo sobrenatural se hizo casi natural y lo extraordinario, ordinario” (Pío XI sobre S. Juan Bosco).

Itinerario de Don Bosco en la devoción a la Virgen

La devoción a María como Inmaculada, caracterizó los primeros veinte años de su sacerdocio. En esos años, Don Bosco vivió con inteligente entusiasmo el clima eclesial que precedió y acompañó la *proclamación dogmática de la Concepción Inmaculada* (8 de diciembre de 1854) y las *apariciones de Lourdes* (1858). La fecha del 8 de diciembre llegó a ser una fecha céntrica en su metodología pastoral y espiritual. Una fecha que coincide también con el inicio de una de las obras salesianas más significativas: *los oratorios festivos* (8 de diciembre de 1841).

Pero se puede decir, que desde el comienzo, es la Auxiliadora la que se revela a Don

Bosco, pero una Auxiliadora que poco a poco va revelando el verdadero esplendor de su rostro. Aquella que es el auxilio de Don Bosco, de sus jóvenes, de sus salesianos, descubrirá un día definitivamente el santo que no es otra que la Auxiliadora de los Cristianos y de todo el pueblo de Dios en camino.

Don Bosco ha llegado a ese descubrimiento basado en su propia experiencia y en la de la historia de la Iglesia que con tanta sabiduría conoce. Por eso ha podido afirmar: *“Una experiencia de dieciocho siglos nos hace ver de modo luminoso que María ha continuado desde el cielo y con el más grande éxito la misión de Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos que había comenzado en la tierra”*.

Una opción mariana definitiva

María Auxiliadora persigue a Don Bosco. Nace el santo en 1815, un año después de que Pío VII instituía la fiesta del 24 de mayo, y no muy lejos del lugar de su nacimiento. En Turín encontrará también esta advocación, una imagen venerada en la iglesia de San Francisco de Paula en la que incluso existe una asociación en su honor, inspirada en otra existente en Munich. En 1848 se encuentran ya colocadas en su mesa de trabajo algunas estampas con el título *“Auxilium Christianorum”*. Pero será exactamente en 1862, en plena madurez de Don Bosco, cuando éste hace la opción mariana definitiva: Auxiliadora. *“La Virgen quiere*



que la honremos con el título de Auxiliadora: los tiempos que corren son tan aciagos que tenemos necesidad de que la Virgen nos ayude a conservar y a defender la fe cristiana”.

Desde esa fecha el título de Auxiliadora aparece en la vida de Don Bosco y en su obra como *“central y sintetizador”*. La Auxiliadora es la visión propia que Don

Bosco tiene de María. La lectura evangélica que hace de María, la experiencia de su propia vida y la de sus jóvenes salesianos, y su experiencia eclesial le hacen percibir a María como *“Auxiliadora del Pueblo de Dios”*.

María Auxiliadora se construye su propia casa

Desde los primeros años de su sacerdocio, Don Bosco tenía el propósito de construir un templo en honor de María Santísima. El segundo domingo de octubre de 1844, Don Bosco tiene un sueño profético, eco, una vez más, del de los nueve años. Después de un largo y fatigoso viaje a través del sueño contempla finalmente una iglesia grande y hermosa en cuyo interior vio escrito: *“Aquí mi casa, de aquí mi gloria”*. Luego, en 1845, en un nuevo sueño, contempla una hermosa iglesia en el campo de los mártires turineses en el mismo lugar donde se levanta hoy el Santuario-Basilica de María Auxiliadora.

En 1863 Don Bosco comienza la construcción de la iglesia. Todo su capital era

de cuarenta céntimos, y ésa fue la primera paga que hizo al constructor. Cinco años más tarde, el 9 de junio de 1868, tuvo lugar la consagración del templo. Lo que sorprendió a Don Bosco primero y luego al mundo entero fue que María Auxiliadora se había construido su propia casa, para irradiar desde allí su patrocinio. Don Bosco llegó a decir: “*No existe un ladrillo que no sea señal de alguna gracia*”.

El cuadro y la imagen que Don Bosco ideó

Don Bosco colocó en el altar mayor del Santuario de Turín un grandioso cuadro de siete metros de alto, en cuyo centro está la imagen de María Auxiliadora. Don Bosco mismo dio instrucciones minuciosas al pintor Lorenzone de cómo quería el cuadro. Lorenzone confesaría luego que al diseñar el rostro de la Virgen una mano invisible guiaba los pinceles.

Este cuadro constituye la página más densa de la teología de Don Bosco sobre la Auxiliadora, que es la teología de la Iglesia sobre la Iglesia. Mirar el cuadro es contemplar a la Virgen en medio de un gigantesco dinamismo eclesial, es “*descubrir una relación, casi diría connatural, entre espíritu salesiano –empapado de apostolado eclesial– y devoción a María Auxiliadora*”.

Apóstol de María Auxiliadora en la Iglesia

Don Bosco no se habría convertido en el más grande apóstol de María Auxiliadora de todos los tiempos si él no hubiera pasado por la experiencia, colmada de sobre-

natural, de la construcción de la iglesia de María Auxiliadora.

La conciencia popular no tardó en descubrir el maravilloso entendimiento entre María Auxiliadora y Don Bosco, en vínculo indeleble que les unía. Don Bosco era verdaderamente “*el Santo de María Auxiliadora*” y María Auxiliadora era “*la Virgen de Don Bosco*”.

Además del Santuario de Turín, Don Bosco:

- Escribe y divulga seis libritos en los que ilustra el título de Auxiliadora, convirtiéndose así en el teólogo de dicho título.
- Funda el *Instituto de las Hijas de María Auxiliadora* (1872) como “*monumento de perenne reconocimiento de los innumerables favores obtenidos de tan buena Madre*”.
- Pone en marcha la *Obra de María Auxiliadora* para las vocaciones tardías. Esta obra, aunque ha desaparecido en la actualidad, ha dejado vinculado a la devoción a María Auxiliadora el compromiso por las vocaciones.
- A petición de los fieles funda la *Asociación de Devotos de María Auxiliadora* que Pío IX aprobó el 5 de abril de 1870 y que hoy se encuentra esparcida en el mundo entero.
- Compone y hace aprobar por Roma la Bendición de María Auxiliadora de la cual dice el IV sucesor de Don Bosco, Don Ricaldone, que es “*un pequeño monumento de piedad litúrgica y mariana*”.
- Difunde la popular novena, conocida por todos, de cuya eficacia son incontables los testimonios en el mundo entero.
- Populariza la jaculatoria “*María Auxiliadora de los Cristianos, ruega por nosotros*”.

grabada en el corazón de todos los miembros de la Familia Salesiana.

A todo ello añadimos sus charlas, sermones, buenas noches y los millones de estampas, medallas y cuadros que difundió por el mundo entero.

Pacto con María Auxiliadora

Ciertamente que la vida de Don Bosco es una vida conducida por María Auxiliadora.

Entre María Auxiliadora y Don Bosco existe una especie de pacto, María ayuda a la Familia Salesiana y desarrolla sus obras, en tanto que cada miembro de esta familia difunde la devoción a María Auxiliadora, como un servicio eclesial. Dios se sirve de la familia de Don Bosco para propagar más el culto a su Madre en todo el mundo.



DEVOCIONARIO CATÓLICO

Consagración de los niños a Nuestra Señora de Fátima

¡OH, NUESTRA SEÑORA DE FÁTIMA!, con toda fe y confianza acudo a ofrecerte estos niños, colocándolos bajo tu amparo maternal, a fin de que, a semejanza de tu Divino Hijo, Jesús, crezcan en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres.

Guía, Madre queridísima, sus almas por la senda de la virtud; apártalas de todo mal, y otorga a sus cuerpos la robustez y las energías necesarias.

Te ruego humildemente que los hagas dóciles a las mociones sobrenaturales.

Que, a imitación de los tres niños pastorcitos, sepan cumplir con tu *celestial mensaje de fe, oración, penitencia y apostolado*.

Que sean, te lo suplico ardentemente, devotos de tu Corazón Inmaculado llevando una vida modesta y pura, para que halles en ellos tus mejores complacencias. Amén.

Nuestra Señora de Fátima, Reina de la Paz, rogad por nosotros.

Nuestra Señora de Fátima, Reina del Rosario, rogad por nosotros.

Nuestra Señora de Fátima, Salud de los Enfermos, rogad por nosotros.

Oh, Dulce Corazón de María, sed la salvación del alma mía.

SANTA MÓNICA

n. 322 en Tagaste (Souk Ahras), Argelia; † 387 en Ostia, Italia

Patrona de viudas; esposas; madres; amas de casa; víctimas de abusos; víctimas de adulterio; víctimas de abusos verbales; alcohólicos; madres con hijos problemáticos. Protectora contra el alcoholismo; dificultades en el matrimonio.

LA IGLESIA VENERA A SANTA MÓNICA, esposa y viuda. Su único hijo fue San Agustín, doctor de la Iglesia. Su ejemplo y oraciones por su hijo fueron decisivas. El mismo San Agustín escribe en sus Confesiones: “Ella me engendró sea con su carne para que viniera a la luz del tiempo, sea con su corazón, para que naciera a la luz de la eternidad”. Por su parte, San Agustín es la principal fuente sobre la vida de Santa Mónica, en especial sus Confesiones, lib. IX.

Mónica nació en África del Norte, probablemente en Tagaste, a cien kilómetros de Cartago, en el año 332.

Sus padres, que eran cristianos, confiaron la educación de la niña a una institutriz muy estricta. No les permitía beber agua entre comidas para así enseñarles a dominar sus deseos. Mas tarde Mónica hizo caso omiso de aquel entrenamiento y cuando debía traer vino de la bodega tomaba a escondidas. Cierta día, un esclavo que la había visto beber y con quien Mónica tuvo un altercado, la llamó “borracha”. La joven sintió tal vergüenza, que no volvió a ceder jamás a la tentación. A lo que parece, desde el día de su bautismo, que tuvo lugar poco después de aquel incidente, llevó una vida ejemplar en todos sentidos.

Cuando llegó a la edad de contraer matrimonio, sus padres la casaron con un ciudadano de Tagaste, llamado Patricio. Era éste un pagano que no carecía de cualidades, pero era de temperamento muy violento y vida disoluta. Mónica le perdonó muchas cosas y lo soportó con la paciencia de un carácter fuerte y bien disciplinado. Por su parte, Patricio, aunque criticaba la piedad de su esposa y su liberalidad para con los pobres, la respetó y, ni en sus peores explosiones de cólera, levantó la mano contra ella.

Mónica explicó su sabiduría sobre la convivencia en el hogar: “Es que cuando mi esposo está de mal genio, yo me esfuerzo por estar de buen genio. Cuando el grita, yo me callo. Y como para pelear se necesitan dos, y yo no acepto la pelea, pues... no peleamos”. Esta fórmula se ha hecho célebre en el mundo y ha servido a millones de mujeres para mantener la paz en casa.

Mónica recomendaba a otras mujeres casadas, que se quejaban de la conducta de sus maridos, que cuidasen de dominar la lengua por ser esta causante en gran parte de los problemas en la casa. Mónica, por su parte, con su ejemplo y oraciones, logró convertir al cristianismo, no sólo a su esposo,

sino también a su suegra, mujer de carácter difícil, cuya presencia constante en el hogar de su hijo había dificultado aún más la vida de Mónica. Patricio murió santamente en 371, al año siguiente de su bautismo.

Tres de sus hijos habían sobrevivido, Agustín, Navigio, y una hija cuyo nombre ignoramos. Agustín era extraordinariamente inteligente, por lo que habían decidido darle la mejor educación posible. Pero el carácter caprichoso, egoísta e indolente del joven había hecho sufrir mucho a su madre. Agustín había sido catecúmeno en la adolescencia y, durante una enfermedad que le había puesto a las puertas de la muerte, estuvo a punto de recibir el bautismo; pero al recuperar rápidamente la salud, pospuso el cumplimiento de sus buenos propósitos. Cuando murió su padre, Agustín tenía diecisiete años y estudiaba retórica en Cartago. Dos años más tarde, Mónica tuvo la enorme pena de saber que su hijo llevaba una vida disoluta y había abrazado la herejía maniquea. Cuando Agustín volvió a Tagaste, Mónica le cerró las puertas de su casa, durante algún tiempo, para no oír las blasfemias del joven. Pero una consoladora visión que tuvo, la hizo tratar menos severamente a su hijo. Soñó, en efecto, que se hallaba en el bosque, llorando la caída de Agustín, cuando se le acercó un personaje resplandeciente y le preguntó la causa de su pena. Después de escucharla, le dijo que secase sus lágrimas y añadió: *“Tu hijo está contigo”*. Mónica volvió los ojos hacia el sitio que le señalaba y vio a Agustín a su lado. Cuando Mónica contó a Agustín el sueño, el joven respondió con desentortura que Mónica no tenía más que renunciar al cristianismo para estar con él; pero la santa respondió al punto: *“No se me dijo que yo estaba contigo, sino que tú estabas conmigo”*.

Esta hábil respuesta impresionó mucho a Agustín, quien más tarde la consideraba como una inspiración del cielo. La escena que acabamos de narrar, tuvo lugar hacia fines del año 337, es decir, casi nueve años antes de la conversión de Agustín. En todo ese tiempo, Mónica no dejó de orar y llorar por su hijo, de ayunar y velar, de rogar a los miembros del clero que discutiesen con él, por más que éstos le aseguraban que era inútil hacerlo, dadas las disposiciones de Agustín. El Santo obispo Ambrosio respondió sabiamente a las súplicas de Mónica: *“Vuestro hijo está actualmente obstinado en el error, pero ya vendrá la hora de Dios”*. Como Mónica siguiese insistiendo, el obispo pronunció las famosas palabras: *“Estad tranquila, es imposible que se pierda el hijo de tantas lágrimas”*. La respuesta del obispo y el recuerdo de la visión eran el único consuelo de Mónica, pues Agustín no daba la menor señal de arrepentimiento.

Cuando tenía veintinueve años, el joven decidió ir a Roma a enseñar la retórica. Aunque Mónica se opuso al plan, pues temía que no hiciese sino retardar la conversión de su hijo, estaba dispuesta a acompañarle si era necesario. Fue con él al puerto en que iba a embarcarse; pero Agustín, que estaba determinado a partir solo, recurrió a una vil estratagema. Fingiendo que iba simplemente a despedir a un amigo, dejó a su madre orando en la iglesia de San Cipriano y se embarcó sin ella. Más tarde, escribió en las *Confesiones*: *“Me atreví a engañarla, precisamente cuando ella lloraba y oraba por mí”*. Muy afligida por la conducta de su hijo, Mónica no dejó por ello de embarcarse para Roma; pero al llegar a esa ciudad, se enteró de que Agustín había partido ya para Milán. En Milán conoció Agustín al gran obispo San Ambrosio. Cuan-

do Mónica llegó a Milán, tuvo el indecible consuelo de oír de boca de su hijo que había renunciado al maniqueísmo, aunque todavía no abrazaba el cristianismo. La santa, llena de confianza, pensó que lo haría, sin duda, antes de que ella muriese.

En San Ambrosio, por quien sentía toda la gratitud que se puede imaginar, Mónica encontró a un verdadero padre. Siguió fielmente sus consejos, abandonó algunas prácticas a las que estaba acostumbrada, como la de llevar vino, legumbres y pan a las tumbas de los mártires; había empezado a hacerlo así, en Milán, como lo hacía antes en África; pero en cuanto supo que San Ambrosio lo había prohibido porque daba lugar a algunos excesos y recordaba las *“parentalia”* paganas, renunció a las costumbres. San Agustín hace notar que tal vez no hubiese cedido tan fácilmente de no haberse tratado de San Ambrosio. En Tagaste, Mónica observaba el ayuno del sábado, como se acostumbraba en África y en Roma. Viendo que la práctica de Milán era diferente, pidió a Agustín que preguntase a San Ambrosio lo que debía hacer. La respuesta del santo ha sido incorporada al derecho canónico: *“Cuando estoy aquí no ayuno los sábados; en cambio, ayuno los sábados cuando estoy en Roma. Haz lo mismo y atente siempre a la costumbre de la iglesia del sitio en que te halles”*. Por su parte, San Ambrosio tenía a Mónica en gran estima y no se cansaba de alabarla ante su hijo. Lo mismo en Milán que en Tagaste, Mónica se contaba entre las más devotas cristianas; cuando la reina madre, Justina, empezó a perseguir a San Ambrosio, Mónica fue una de las que hicieron largas vigili- as por la paz del obispo y se mostró pronta a morir por él.

Finalmente, en agosto del año 386, llegó el ansiado momento en que Agustín anunció su completa conversión al catolicismo. Desde algún tiempo antes, Mónica había tratado de arreglarle un matrimonio conveniente, pero Agustín declaró que pensaba permanecer célibe toda su vida. Durante las vacaciones de la época de la cosecha, se retiró con su madre y algunos amigos a la casa de verano de uno de ellos, que se llamaba Verecundo, en Casiciaco. El santo ha dejado escrita en sus *“confesiones”* algunas de las conversaciones espirituales y filosóficas en que pasó el tiempo de su preparación para el bautismo. Mónica tomaba parte en esas conversaciones, en las que demostraba extraordinaria penetración y buen juicio y un conocimiento poco común de la Sagrada Escritura. En la Pascua del año 387, San Ambrosio bautizó a San Agustín y a varios de sus amigos. El grupo decidió partir al África y, con ese propósito, los catecúmenos se trasladaron a Ostia, a esperar un barco. Pero ahí se quedaron, porque la vida de Mónica tocaba a su fin, aunque sólo ella lo sabía. Poco antes de su última enfermedad, había dicho a Agustín: *“Hijo, ya nada de este mundo me deleita. Ya no sé cual es mi misión en la tierra ni por qué me deja Dios vivir, pues todas mis esperanzas han sido colmadas. Mi único deseo era vivir hasta verte católico e hijo de Dios. Dios me ha concedido más de lo que yo le había pedido, ahora que has renunciado a la felicidad terrena y te has consagrado a su servicio”*.

En Ostia se registran los últimos coloquios entre madre e hijo, de los que podemos deducir la gran nobleza de alma de esta incomparable mujer, de no común inteligencia ya que podía intercambiar pensamientos tan elevados con Agustín: *“Su-*

cedió –escribe en el capítulo noveno de las *Confesiones*– que ella y yo nos encontramos solos, apoyados en la ventana, que daba hacia el jardín interno de la casa en donde nos hospedábamos, en Ostia. Hablábamos entre nosotros, con infinita dulzura, olvidando el pasado y lanzándonos hacia el futuro, y buscábamos juntos, en presencia de la verdad, cuál sería la eterna vida de los santos, vida que ni ojo vio ni oído oyó, y que nunca penetró en el corazón del hombre”.

Lo último que pidió a sus dos hijos fue que no se olvidaran de rezar por el descanso de su alma.

Mónica había querido que la enterrasen junto a su esposo. Por eso, un día en que hablaba con entusiasmo de la felicidad de acercarse a la muerte, alguien le preguntó si no le daba pena pensar que sería sepultada tan lejos de su patria. La santa replicó: “No hay sitio que esté lejos de Dios, de suerte que no tengo por qué temer que Dios no encuentre mi cuerpo para resucitarlo”. Cinco días más tarde, cayó gravemente enferma. Al cabo de nueve días de sufrimientos, fue a recibir el premio celestial, a los cincuenta y cinco años de edad. Era el año 387. Agustín le cerró los ojos y contuvo sus lágrimas

y las de su hijo Adeodato, pues consideraba como una ofensa llorar por quien había muerto tan santamente. Pero, en cuanto se halló solo y se puso a reflexionar sobre el cariño de su madre, lloró amargamente. El santo escribió: “Si alguien me critica por haber llorado menos de una hora a la madre que lloró muchos años para obtener que yo me consagre a Ti, Señor, no permitas que se burle de mí; y, si es un hombre caritativo, haz que me ayude a llorar mis pecados en tu presencia”. En las *Confesiones*, Agustín pide a los lectores que rueguen por Mónica y Patricio.

Las reliquias de su cuerpo, durante siglos, fueron veneradas en Santa Áurea de Ostia, hasta el 9 de abril de 1430 que, en un artístico sarcófago esculpido por Isaías de Pisa en el S. XV, fueron trasladadas a la Iglesia de San Agustín de Roma.

En el S. XII se comenzó a celebrar su fiesta litúrgica el 4 de mayo

Patrona de las mujeres casadas, madres y viudas.

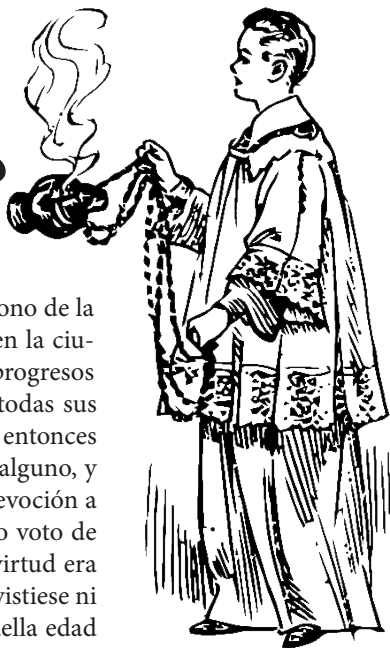
Su nombre, etimológicamente viene del griego y significa: “la solitaria”.

ORACIÓN A SANTA MÓNICA PARA PEDIR POR LOS HIJOS

A TI RECURRO por ayuda e instrucciones, Santa Mónica, maravilloso ejemplo de firme oración por los hijos. En tus amorosos brazos yo deposito a mi(s) hijo(s) [mencionar aquí los nombres], para que por medio de tu poderosa intercesión puedan alcanzar una genuina conversión a Cristo Nuestro Señor. A ti también apelo, madre de las madres, para que pidas a nuestro Señor me conceda el mismo espíritu de oración incesante que a ti te concedió.

Todo esto te lo pido por medio del mismo Cristo Nuestro Señor. Amén.

JOVEN, ¿A QUÉ ESPERAS PARA SER SANTO?



SAN LUIS GONZAGA es el celestial Patrono de la Juventud. A la edad de ocho años hizo en la ciudad de Florencia, en Italia, asombrosos progresos en el camino de la perfección, reduciéndose todas sus diversiones a la oración y al estudio. Desde entonces hizo propósito de no jugar en su vida a juego alguno, y jamás le quebrantó. Y fue tanta su fervorosa devoción a la Santísima Virgen, que a los nueve años hizo voto de perpetua castidad. En la observancia de esta virtud era excesiva su delicadeza. Nunca permitió que le vistiese ni le desnudase su ayuda de cámara, y desde aquella edad se impuso la ley de no mirar jamás a la cara a mujer alguna. Aprendamos de este santo joven la practica de las virtudes y de nuestros deberes de católicos, siempre ocupados en los deberes de rezar, obedecer y estudiar, haciéndolo todo para llegar a ser como él: SANTOS.

Joven o Niño que estás leyendo esto:

Si quieres compartir la dignidad de este noble ministerio y formar parte de las filas de los servidores de Cristo, únete al equipo de acólitos

*Nuestro Señor te espera junto al altar.
¡No faltes!*